

# MIEDO Y LENGUAJE EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Sergio Olaya Wilches<sup>1</sup>

Natalia Isabel Romero Ospina<sup>2</sup>

Laura Katherine Ayala Alonso<sup>3</sup>



1 Estudiante de la Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Integrante del semillero de investigación Hermeneia. Correo electrónico: [saolayaw@correo.udistrital.edu.co](mailto:saolayaw@correo.udistrital.edu.co) ORCID <https://orcid.org/0000-0002-1185-340X>

2 Estudiante de la Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Integrante del semillero de investigación Hermeneia. Correo electrónico: [niromeroo@correo.udistrital.edu.co](mailto:niromeroo@correo.udistrital.edu.co) ORCID <https://orcid.org/0000-0001-6988-5941>

3 Estudiante de la Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Integrante del semillero de investigación Hermeneia. Correo electrónico: [lkayalaa@correo.udistrital.edu.co](mailto:lkayalaa@correo.udistrital.edu.co) ORCID <https://orcid.org/0000-0001-6273-477X>

**Cómo citar:** Olaya Wilches, S., Romero Ospina, N. I., Ayala Alonso, L. K. (2020). Miedo y lenguaje en tiempos de pandemia. *Enunciación*, 25(2, separata), XLII-XLV. <https://doi.org/10.14483/22486798.17027>

Las sociedades históricamente han vivido tiempos de crisis y dificultades de toda índole, tan magnas e imponentes cuando de epidemias se trata. Hace varios meses, el planeta se estremeció frente a la crítica situación de un virus desconocido para la humanidad, el cual dejó consternados y expectantes incluso a los intelectuales y expertos del mundo de la salud. La crisis ha provocado una serie de sensaciones y expectativas que se desarrollan dinámicamente por medio de la palabra y el lenguaje, hasta llegar a establecer una relación/tensión supremamente potencial entre los medios de información y la población.

A propósito del potencial que toma la palabra y la comunicación para generar situaciones de estrés, miedo, calma o peligro, es menester reflexionar, como educadores e investigadores en el campo del lenguaje, sobre las tensiones determinantes que movilizan la potencialidad de este en épocas de pandemia. Para este caso, la crisis sanitaria se ha apoderado de cada mente humana, principalmente ante la sensación de miedo y peligro, que han configurado las dinámicas de la prensa sobre la información, el control gubernamental sobre la población y la incertidumbre en el sujeto social. Sin embargo, el miedo, ya sea individual o colectivo, ha sido causa, para Delumeau (2012), del *miedo en Occidente*; de los cambios y movimientos de la sociedad occidental hacia la modernidad. Así, el miedo como *motor* de la historia, podría sintetizarse en la relación miedo/peligro. Este, concebido desde lo psicológico, es un instinto, una de las reacciones naturales que acompañan la toma de conciencia de los peligros; es decir, el miedo puede estar ligado a la conservación y a la supervivencia de la humanidad, ya que moviliza a las personas, por consiguiente, también puede ser político.

La relación entre la humanidad y las pandemias es tan vieja como su existencia misma, igual que el miedo que acompaña la aparición de este fenómeno. Como lo menciona Delumeau (2012), el miedo a lo largo de la historia ha

estado en constante diálogo con las sociedades occidentales y se ha configurado como un *ethos*, es decir, un comportamiento común que adopta un grupo de individuos que pertenecen a una misma sociedad, siendo este muy frecuente en las épocas de crisis y, en especial, de las pandemias. En la actualidad, la difusión del miedo se ha visto favorecida por lo inmediato de las comunicaciones y el sobreflujo de información; la extrema cobertura y la visualización de los efectos de la pandemia han sido determinantes para el retorno del *ethos* del miedo en nuestra sociedad. En la Europa de los siglos XIV-XVIII, Delumeau muestra el retrato de una sociedad profundamente traumatizada por las pestes, enfermedades que llegaban como *plagas*, una caracterización que la cultura eclesíastica popularizó de la enfermedad, refiriéndose a estas como castigo divino, ya que podían diezmar la población y traían consigo hambruna y terror; como en los presagios bíblicos. Por consiguiente, no es infundado que nuestro natural e instintivo miedo a la muerte se acreciente, con un escenario de crisis por la pandemia, y que además pueda ser movilizado en pro de la supervivencia. Como lo fue en esa Europa medieval que desterraba a los más desfavorecidos, al ser los más afectados por las enfermedades, creyendo que eran el origen de esta. También el miedo hizo acrecentar el antisemitismo al creer que el origen de las enfermedades era un castigo divino, y eran culpadas las minorías religiosas de las épocas. Estas creencias, eran el principal motor de las acciones en nombre del miedo, y hacen a la religión la institución con mayor fuerza política de la época, consciente o inconscientemente, la portavoz del miedo, que instrumentalizaba el terror para movilizar a las poblaciones. Así es como la inquietud que ha generado la actual pandemia encuentra resonancia en el temor que en el pasado sintieron las sociedades ante otras epidemias.

Hemos visto cómo el miedo tiene esta ambivalencia: por un lado, es instinto y por el otro es un fenómeno social; para cada habitante de este país no es ajeno cómo el miedo

ha sido –y es– una política, y cómo este tiene el poder de cambiar toda una realidad. Ya sea desde el monopolio de la violencia en los años de guerras civiles, como una forma de ejercer el poder para impartir orden en la población o hasta una estrategia electoral, el miedo es profundamente político, una herramienta que se genera en la sociedad para que esta la reproduzca y difunda sin tener clara las amenazas, lo que permite que quienes tienen el poder de señalar o decidir a qué se teme y cómo, tienen la ventaja de controlar a quienes gobiernan. Pero, situándonos en la pandemia actual por el coronavirus, ¿cómo controlar desde la distancia?, ¿cómo hacer del miedo un control mas no un caos?, ¿a qué tipo de poder recurrir para un evento como el que vivimos? A pesar de que las estrategias han de ser muchas, el *poder del lenguaje* ha sido una de las tensiones que contestan gran parte de las preguntas propuestas, pues desde el lenguaje y la comunicación se han generado una serie de enunciados, que más que informar, generan alerta y miedo en el ciudadano.

Así mismo, todos los días, las redes sociales y noticieros se ven invadidos de noticias sobre la pandemia que brillan por la innecesaria redundancia en los matices negativos de la crisis; la pantalla del cibernauta o televidente tiene aseguradas 24 horas de cobertura sobre el virus, acompañada de imágenes con hospitales llenos, doctores sobreexplotados, amenazas a médicos, pacientes críticos y algunos muertos, enunciados y anuncios que configuran una serie de imaginarios y disposiciones frente a ello. Podemos encontrar que, pasadas las cinco de la tarde, sin falta, llegan las notificaciones del diario *El Tiempo*, que revelan el número de muertos en el día por covid-19, el ascenso del número de contagios; y si se busca apenas un poco en internet, cualquier usuario podrá encontrar el conteo diario de muertos en Colombia, Chipre o Zambia a un clic de distancia. Desde inicio de año despertamos, comemos y respiramos este tipo de enunciados que inevitablemente desencadenan

emociones más fuertes, y generan un aumento de trastornos mentales que van desde el cansancio emocional hasta la psicosis en algunos casos.

Actualmente, la crisis pandémica que nos convoca como humanidad posee la singular característica de estar sujeta a un mundo globalizado, donde la información es compartida en segundos, de una antípoda a otra y la comunicación juega un papel crucial en el modo de organización y disposición de nuestras sociedades; esta propuesta informativa sugiere una narrativa compuesta para alertar sobre la gravedad de la crisis; narrativa que se ha ido agravando con el pasar de los meses y que se vuelve más meticulosa en enfatizar la enfermedad, la muerte y miedo al exterior. En este caso, las palabras y las imágenes son el lenguaje potencial que se ha predispuesto para mantener la alerta y el control al determinar cómo se asumen los sucesos que nos atañen.

Ahora bien, ¿cuántas personas no pensarán que hacerse la prueba es incubar el virus en sí mismo sin darse cuenta o, que inhalando cloro se elimina el virus del cuerpo?, ¿cuántas no pensarán que el virus no existe?, ¿cuántos creerán que son inmunes por ser jóvenes?, ¿o que, por el contrario, el virus significa muerte irreversible? Y es que no podemos entender el miedo solo como un sentimiento primario que nos exprime y manipula en la estructura social. Si bien el miedo, como medio político, permite crear proyectos de ley, legitimar abusos, aprobar reformas e incluso usarlo en la manipulación mediática, también se manifiesta a nivel psicoemocional, lo cual convierte al miedo en un sentimiento al cual temer en sí mismo. Parafraseando al erudito Giacomo Leopardi, no hay que temer a la prisión, ni a la pobreza, ni a la muerte; hay que temerle al miedo. Este aforismo invita a reflexionar sobre cómo lo psicoemocional y lo socioemocional se manifiesta en la raíz más profunda de lo humano.

Más allá de vivir entre noticias alarmantes, desinformación y mitos, estamos inmersos en un ciclo donde la



excesiva información amarillista más la desinformación que las personas mueven en redes sociales nos generan mayor incertidumbre. Si tuviéramos que definir cómo vive la sociedad actualmente, diríamos que hay dos extremos, por un lado la desinformación y, por el otro, la excesiva información. Esta incertidumbre incrementa la percepción de terror hacia todo el caos que sucede en el mundo y la forma en como se está reaccionando, pues como lo indica Alejandro Dumas (1995) “No hace falta conocer el peligro para tener miedo; de hecho, los peligros desconocidos son los que inspiran más temor” (p. 195.)

Eventualmente, podemos encontrar en el lenguaje una tensión que abre una serie de posibilidades que nos alertan frente a los miedos y peligros que le acontecen a la humanidad, es decir, nos propone el peligro y, de allí, repensar el mundo y sus alternativas fuera de las crisis que nos enfrentan, tal como la pandemia actual. Sin duda, el potencial del lenguaje a través de imágenes y enunciados críticos y terroríficos ha contribuido en gran medida como estrategia de control, pues ante los reiterados mensajes explícitos e implícitos que se envían con constancia, es imposible no llegar a imaginar los peores escenarios y exagerar la situación. Sin embargo, sabemos que el lenguaje permite crear sentido y significado en múltiples direcciones, por lo que, el potencial de la palabra y los discursos también motiva a la resistencia del control, el caos y el pesimismo.

Finalmente, entablar un criterio sobre estos mensajes, formas de comunicación e información que a diario nos permean es una tarea compleja, pues el lenguaje y la información no nos llega únicamente a las lides de nuestra razón, sino también a la parte más íntima de nuestras emociones. Así mismo, la historia nos enseña que las crisis van y vienen, que es probable que las pandemias vuelvan a surgir y también que la ciencia no siempre tiene todas las respuestas. Ahora bien, no hay duda de que, en el lenguaje, la humanidad siempre encontrará una cualidad universal que permita nuevas y mejores representaciones para la época y el futuro; es difícil imaginar un mejor lugar para afrontar las crisis que el de la palabra, pues la poesía, la música, el arte y la conversación, desde hace siglos, han hecho de la realidad –incluso en sus escenarios más lúgubres– un lugar más afable y esperanzador, superando las barreras de la crisis y el miedo en nuestro mundo.

### Referencias bibliográficas

- Delumeau, J. (2012). *El miedo en Occidente:(Siglos XIV-XVIII). Una ciudad sitiada*. Madrid: Taurus.
- Dumas, A. (1995). *El conde de Montecristo*. Ciudad de México: Porrúa Editorial.

